



## Tres días

por Carlos M. Aguilera Álvarez

No se parecía a la máquina de la película “La Máquina del Tiempo”, pero cumplía exactamente el mismo propósito.

Había sido desarrollada en solitario por el profesor y aunque ya estaba lista, no la daría a conocer sino hasta realizar la “prueba de fuego”, diseñada con una meticulosidad tal, que uno podría haber pensado que la llevaba planificando desde hacía varios lustros, desde la maravillosa época de su juventud quizás, de la cual él añoraba con nostalgia aquellos veranos enteros dedicados a la lectura fantástica, ¿cómo olvidar sus favoritos, los libros de J. J. Benítez? Indudablemente ello lo influenció a hacer la misma hazaña que Jasón, personaje del “Caballo de Troya”, quien viajó dos mil años al pasado para conocer en persona a Jesucristo.

El viernes comenzó con los engorrosos cálculos. No era tan simple como en los cuentos de ciencia ficción, donde bastaba con mover una palanca para seleccionar el año de destino. No, era mucho más complejo: Todos sabemos que la Tierra tiene los movimientos de rotación y traslación, pero pocos saben que a su vez el sistema solar también tiene movimientos, al igual que la galaxia que nos cobija. En suma, nos movemos a una velocidad de miles de kilómetros por hora, aunque ni nos percatemos. El profesor, doctorado en astrofísica y mecánica cuántica, determinó pacientemente las coordenadas exactas que ocupó la Tierra el día de La Última Cena, su objetivo, y calculó la distancia recorrida por el planeta desde ese día hasta



hoy, dato con el que despejaría un conjunto de incógnitas con la ayuda de su computadora.

El sábado, mientras esta última trabajaba, ultimó cuidadosamente los detalles de su ropa y accesorios. No era algo trivial. Si quería pasar absolutamente desapercibido no podía presentarse en el siglo I vistiendo terno y corbata.

El domingo miró dubitativamente un rato su espesa barba marrón reflejada en el monitor, su túnica y sus sandalias... me parezco a "Jesucristo Superstar", pensó. Recién habían aparecido los resultados de las ecuaciones y con una precisión de noventa y nueve por ciento. Había considerado hasta el más mínimo detalle, así que ignoró un fugaz mal presentimiento, no podía dejar pasar ese minuto, sólo la tecla ENTER (representada por el símbolo "↵") lo separaba de su meta, la presionó y cerró los ojos durante dos milenios.

Rodeado por una inesperada aura dorada, así apareció en lo que debía ser la periferia de Jerusalén. Se escondió y estudió todo cuanto pudo. Había gente en los alrededores, personas normales afanadas en sus aparentemente rutinarias tareas. Nadie resaltaba. Ninguno de ellos podía ser. Observó la escena unos minutos, hasta que pasó lo que tenía que pasar. El profesor tuvo que interrumpir bruscamente su misión cuando de improviso una mujer lo encontró y le balbuceó unas palabras.

Fui visto sólo un instante y no muy nítidamente, se repetía de vuelta en su laboratorio para mantener la calma, calma que duró lo que tardó en traducir del arameo galilaico las palabras escuchadas: "¡Ha regresado profesor!".



No tenía sentido, ¿cómo sabía la mujer que él era profesor? ¿Por qué le dijo que había regresado? ¿Lo conoció acaso en un nuevo viaje al pasado que todavía no hacía? No podía pensar bien, más aún, cargando con la frustración de haber hecho una visita tan corta y no haber visto a Jesús, quien según el Evangelio debía estar allí ese día a esa hora. ¿Por qué no estaba? ¿Estaban erradas las Escrituras? ¿Estaban mal los cálculos? ¿Lo había traicionado el uno por ciento de margen de error?

Instintivamente empezó a revisar los cálculos. Ojeó su reloj para contrastar la hora con la indicada en las instrucciones de su programa: “viajar a las 09:53 A.M. del...” ¡Viernes! ¡Claro! Ahora parecía obvio. La computadora demoró 48 horas en procesar la información, la Tierra se había movido durante ese tiempo, lo que significaba que las coordenadas arrojadas tenían una obsolescencia de dos días. No llegó al Viernes Santo, sino al Domingo Santo, dos días más tarde. Jesús ya había sido crucificado, pero eso no era todo. Revisó temblando su Biblia y Juan 20:16 se lo confirmó. Fue a una confundida María Magdalena a quien había visto, y no le dijo “profesor” sino “Maestro”.

FIN

**Autor: Carlos M. Aguilera Álvarez; Las Condes, Santiago; Chile.**  
**Relato publicado en Historia Alternativa, Libro Andrómeda Núm. 12.**  
**Hyperespacio Andrómeda [www.libroandromeda.com](http://www.libroandromeda.com)**

-----  
El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:  
-----

**Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial:** El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.